

# Las letras con las que se escribe la muerte

Juan Felipe Arévalo Pabón  
[juan.arevalop@upb.edu.co](mailto:juan.arevalop@upb.edu.co)

Egresado de Licenciatura en Español-Inglés y de la Maestría en Educación de la UPB. Me encanta transformar mis experiencias de vida por medio de la escritura.

Mi historia con la escritura comenzó dos décadas atrás en una de las lomas del occidente de Medellín, en un barrio sobre el cual caían tanto balas como gotas de lluvia en un volumen más o menos parejo: el Veinte de Julio. Allí, en una edificación de tres pisos que no estaban interconectados, conocí uno de los dones que he podido recibir de la Providencia, la escritura. Claro que para ese entonces no la entendía como tal, sino, más bien, como unos dibujitos, si se quiere; trazos que a mis ojos se presentaban con una magia atrayente, con un misterio intrigante y con una fuerza envolvente que, a la vez, me era esquiva.

Mis profesoras de Preescolar en el Jardín Infantil La Casita de Nazareth –Rocío y Soledad, de quienes no me queda más que un bello recuerdo– se encargaron de ayudarme a desenvolver este regalo poco a poco. Lo primero fue descubrir que a esos trazos se asociaban dos acciones diferentes: una, la acción manual de plasmarlos sobre una superficie y, otra, la acción mental de entenderlos. A estos dos últimos, se correspondían las actividades con el punzón y las canciones que nos cantaban nuestras maestras. Estos cantos, dicho sea de paso, a veces eran interrumpidos por balaceras que significaban un riesgo superlativo para todos; si se estaba en el tercer piso, había que salir de la edificación para bajar a los pisos inferiores en la búsqueda de una mayor seguridad, pues la edificación no estaba interconectada.

Para las clases, mi madre me compró uno de los artefactos más gratos que haya podido recibir de pequeño, una tabla para punzar y su punzón. Con ellos seguía los contornos de las formas que mis maestras me entregaban en fotocopias que había que colorear y luego punzar contra la tabla; esto era sin duda un gesto que me costaba esfuerzo físico en mi mano, pero que me daba placer al mismo tiempo. Era, sin duda alguna, una de mis actividades preferidas, con la que conseguía relajarme bastante. Luego, en momentos distintos, mis maestras nos escribían en el tablero cinco trazos que eran llamados vocales; estas, además de tener sonido, tenían una nacionalidad: “A, E, I, O, U, las vocales del Perú”. Empero, lo que me llamaba más la atención sobre esto no era que fueran peruanas, sino el hecho de que estos trazos, estas vocales, tenían un sonido que, a mi modo de entenderlo en ese momento, podía ser visto, pronunciado y escuchado; en ese mismo orden, por supuesto.

Sin embargo, estas vocales podían ser tan confusas como fascinantes. Una vez, nuestra maestra Martha nos dijo que había vocales minúsculas y mayúsculas, y, ¡vaya usted a saber qué era eso! El tiempo me mostró que, lo que más o menos significaba, era que se podían trazar de dos formas. Mientras nos explicaban esto y muchas otras cosas similares, jugábamos, salíamos al tablero, levantábamos la mano para contestar y demás. Es decir, la escritura era para mí, en cierta medida, un asunto colectivo; como lo era también lanzarse al suelo a esperar que

cesaran los disparos de los enfrentamientos entre la fuerza pública y los malos, y como lo era salir corriendo con los papás a resguardarse en la casa. En fin, esto no era un mayor obstáculo para seguir jugando con mis amigas, las vocales del Perú. En casa seguía cantándolas y escribiéndolas.

Llegué al punto en el que debía escribir mi nombre. ¡Un gran momento! Eso me costó bastante, por dos razones: una, se me cansaba la mano muy fácilmente y, dos, no entendía lo que estaba escribiendo. Alguien me entregaba un cuaderno cuyas páginas estaban encabezadas por la escritura de mi nombre en letras rojas; mi misión era copiar esas letras en los renglones sucesivos una y otra, y otra vez hasta que “San Juan agachara el dedo”. Las tardes más infelices de mi existencia hasta el momento las invertí haciendo estas famosas planas. Y, como si fuera poco, llegó el día cuando no solo me ponían a hacer planas de mi nombre, sino de toda letra y palabra bajo el sol. Esta odiosa repetición era, a veces, en un cuaderno de rayas y, otras, en unos cuadernos extrañísimos que tenían unos renglones enumerados, separados entre sí y con una franja delgada y gris por la mitad; doble línea, creo que se llamaban. ¡Los odiaba!

Mientras así sucedían las cosas, una mañana de sábado, de aquellas que normalmente eran destinadas al quehacer de la casa y a los afanes domésticos, mi madre me tomó de la mano y partimos hacia la tienda de don Aldemar a merchar. El trayecto no era muy largo: unas tres cuadras si mucho. Al llegar allí, nos encontramos con una escena muy familiar: la tienda, cuya fachada era azul, quedaba en una esquina y había rejas a través de las cuales don Aldemar atendía a las personas y les entregaba los productos que desde afuera le pedían. Había en el aire un olor a muerte.

Yo me encontraba agarrado del enrejado de la tienda mientras mi mamá hacía los pedidos y ella me cubría del sol con su cuerpo, casi abrazándome por la espalda. Estábamos ambos parados sobre la acera de adoquines grises, de esos que encajan los unos con los otros, dejando unos surcos en las juntas. Las voces de mi mamá y de don Aldemar sonaban como en la lejanía, aunque estaban tan cerca. Yo, a la sazón, intentaba leer uno de los anuncios de la tienda. El pavimento de la calle estaba caliente. El sol de la mañana estaba en su furor. Había en el aire un olor a muerte.

Primero escuchamos los pasos de alguien corriendo por una de las calles que llegaba a la esquina donde nos encontrábamos. Nuestras cabezas giraron de repente, anticipando la fatalidad propia de aquel sonido; en aquel entonces eso solo podía significar una cosa. Escuchamos unos gritos de angustia. Los pasos se acercaban, pero aún no veíamos a nadie; luego, unos gritos: “no, no, por favor,

no". Don Aldemar corrió por las llaves de la reja para dejarnos entrar. Los pasos frenéticos y la voz desesperada se seguían acercando. ¡El berraco candado no se abría! Una muchacha joven y delgada saltó a la vista: sus cabellos, negros y ondulados; sus labios, rosados y gruesos; sus ojos, azules e infinitos. Su tez clara tenía ya la palidez característica de las muchachas que no duran nada, de quienes se aproximan muy pronto al hálito postrero. Mientras ella corría, alternaba la mirada hacia adelante y hacia atrás. Una de sus manos estaba puesta sobre su pecho, como para aliviar la agitación. Su mirada, desorbitada por el terror, buscaba donde guarecerse. Se le estaba agotando la vida. La fatalidad corría más rápido que ella. Su boca, en gestos distorsionados, intentaba dar voces de auxilio. Entre tanto, el candado seguía empeñado en dejarnos allí afuera, en forzarnos a ser testigos de la desventura. Había en el aire un olor a muerte.

Sonó el primer disparo. La joven cayó sobre los adoquines, a nuestros pies. Tenía una blusa con letras que no alcancé a leer. Aunque muy niño aún, la situación me hizo reconocer las urgencias del aniquilamiento; ahora no había tiempo para las letras. El candado no daba su brazo a torcer. Don Aldemar estaba perdiendo el juicio, lo mismo que mi madre, quien apenas disponía de su propio cuerpo para protegerme. Los disparos que siguieron no los conté. Fueron varios. La sangre, roja y burlona, cuyos dedos largos y flacos se estiraban con afanosa locura para agarrarnos los pies, comenzó a llenar las juntas de los adoquines. Don Aldemar consiguió abrir el candado finalmente y me metieron a toda velocidad a un baño oscuro y pequeño en la trastienda. Allí había calendarios de mujeres en vestido de baño posando junto a cervezas y otros anuncios que me resultaban curiosos, pero, con esa oscuridad, ¿quién leía, pues? Al salir, confirmé lo que ya me era sabido; la muchacha había sido asesinada. Su cuerpo fue depositado en un taxi y llevado al centro de salud para que subiera la ley a hacer el levantamiento y, en cuanto a mí, era hora de volver a casa a leer o a hacer alguna otra cosa. Había quedado en el aire un olor a muerto.

Poco después, como todas las cosas y todos los tiempos, la hora de decirle adiós a mi jardín infantil llegó y las vocales y yo nos fuimos para la escuela que queda al lado de la Estación San Javier, la Escuela Pío XII. Allí no nos tocaba salir corriendo, ni tirarnos al suelo, ni escuchar gente gritando y corriendo por la calle; allí era todo un poco más tranquilo. La profe Anita siguió enseñándonos las vocales y otras letras nuevas –las cuales, llegué a saber muchos años después, se llamaban consonantes. También aprendimos los números, que no eran para mí de mucha relevancia y, además, no me gustaban. Lo curioso de estos era que, aparte de escribirse con símbolos numéricos, se podían escribir también con letras, ¡vaya cosa, ¿no?! Para los números también había canciones; pero con estos se podía sumar y restar, cosa que aparentemente no era posible con las letras.

A esta altura de los acontecimientos, me entretenía jugando con las letras y con mis primos, con quienes jugaba a la escuelita o a la oficineta. Ellos, por ser mayores que yo, sabían mucho más del arte místico de formar palabras; yo no tanto, por lo que debía inventar las mías propias. Según pensaba yo, había unas reglas para formar palabras: no podía llevar en sí letras repetidas, no podía combinar mayúsculas con minúsculas y la longitud de la palabra debía ser directamente proporcional al tamaño de la cosa que representaba. Mi método consistía en escribir letras juntas y correr a que alguien me dijera si, en efecto, había escrito una palabra válida; para mi sorpresa, les atiné a varias.

En cuanto a mi nueva escuela, comencé un arduo proceso en el que mi maestra, mi madre y mi tía –quien me cuidaba después de la escuela– me ayudaron a entender las combinaciones entre las vocales y las consonantes. La cosa era más o menos así: “la m con la a: ma; la m con la e: me; la m con la i: mi; la m con la o: mo; la m con la u: mu”. Así pude escribir y leer las oraciones que, hasta entonces, significaban mi mundo entero: “mi mamá me ama, mi mamá me mima”. De tiempo en tiempo, mi maestra nos enseñaba una nueva combinación que venía acompañada de dibujos, de planas y de repeticiones. En casa, mi madre y mi tía se encargaban de que yo repasara las nuevas letras que iban siendo añadidas y de que no olvidara las previamente aprendidas. Para tal fin, me era requerido leer en voz alta para que ellas escucharan y aprobaran; al parecer, era bueno en eso.

Esto último cambió durante una ocasión en la que descubrí algo que le dio una vuelta de 180° a lo que, hasta el momento, entendía sobre leer. Como ya lo dije, me era necesario leer en voz alta para dar cuenta de mi avance y, por lo tanto, yo solía sentarme por ahí con mi cuaderno o mis libros a leer. Ahora, recuérdese que las letras eran, para mí, trazos con sonido; sin sonido no tenía sentido leer. Pero mi prima Natalia, quizá cansada de mi constante murmullo, me dijo que por qué no leía mentalmente. Yo la miré y le dije: “¿qué?”, pero lo que en realidad quería decirle era: “esta es como boba”. Ella me dijo que sí, que era lo mismo que leer en voz alta solo que diciendo y escuchando los sonidos en la mente. ¡Vaya! Con esa sí me dejó bastante confundido; para mí, tal empresa era simplemente impracticable. Me estaban pidiendo que una cosa que en esencia era sonido, siguiera existiendo en el silencio. Empero, lo intenté y lo logré; pude escuchar los sonidos en mi mente. Fue uno de los mayores descubrimientos de mi vida; fue como encontrar una habitación desde la cual podía ver todo sin ser visto por nadie; un lugar secreto al cual solo yo tenía acceso.

A esta revelación pronto se le sumó una igualmente asombrosa. En cierta ocasión, me encontré, en una de las palabras que estaba leyendo, la letra H, que hasta el momento era desconocida para mí. En circunstancias normales, me habría dirigido a mi tía o a mi madre, quienes me habrían explicado todo lo con-

cerniente a esta letra. Sin embargo, en ese momento me hallaba al cuidado de mi abuela, quien, a pesar de que no es usuaria de la lengua escrita –lo digo así para evitar el término más convencional pero menos eufemístico–, me explicó que la H es una letra muda, con lo que quería decir que carecía de sonido y que debía ser ignorada al leerse. Mi respuesta inmediata, quizá irreflexiva, fue: “¿eso pa qué, entonces?!”. Al no tener un valor fonético, no tenía valor para mí; era más un lujo, como las cadenas o los anillos: se ven bien, pero no sirven para nada.

Esto fue así hasta que mi maestra desdijo parcialmente la lección que mi abuela me había dado. Resultó que la dichosa H sí tenía un valor fonético después de todo; no siempre, eso sí. Según mi maestra, al juntar la C con la H se obtenía una combinación que, para todos sus efectos, funcionaba como una letra diferente. En cuyo caso la H sí tendría un sonido, que no era propio, pero que era sonido, al fin y al cabo. Lo mismo sucedía con la L: si se ponían dos juntas, se formaba un nuevo sonido, cual letra completamente diferente. Este fenómeno me pareció curioso, ¿se estaban acabando, acaso, las letras que había que hacer uso de este tipo de prácticas para representar los sonidos? ¿Acaso cada sonido no tiene su propia letra? En fin, las cosas son como son y aprendí a navegar la lectura y la escritura teniendo esto en cuenta.

En este punto, ya reconocía las letras y algunas palabras, pero no era capaz de escribir todavía. Esto era especialmente problemático cuando llegaba el Día de la Madre o el Día del Padre. Yo hacía una tarjeta con todos los dibujos y las decoraciones que consideraba pertinentes y corría adonde mi tía para decirle el mensaje que quería escribir; ella lo escribía en una hoja de papel aparte y yo procedía a transcribirlo en la tarjeta con mi puño y letra. Supongo que era un camino un poco más largo, pero valía la pena porque la idea era que el mensaje fuera escrito por mí y no por mi tía. Supongo que mis padres lo valoraban, no lo sé; las tarjetas y las noticas no es que fueran muy bonitas de todas formas. Sin embargo, eso me enseñó que la escritura tiene una dimensión emocional y sentimental, además de mágica, en ese juego de codificar y decodificar.

Una vez estábamos aún en la cama, era aquella hora cuando místicamente se confundían aún la moribunda noche con el aciago día y la Providencia dejaba ya correr, sobre los surcos de su rostro, sus primeras lágrimas que, traducidas al Reino de los Mortales, caían como una lluvia tenue, como un presagio amargo. Sonaron los primeros disparos en ráfagas continuas y constantes. Por supuesto, nos despertamos con una sensación de familiaridad; la verdad, eso no era extraño por aquellos días. No sabíamos, sin embargo, que estábamos siendo testigos del momento preciso en el que las sombras de la noche se extinguían para dejar al descubierto un verdadero valle de sombra de muerte.

En un intento por continuar con nuestro día, nos bañamos, nos vestimos y desayunamos; era obvio que no iría a estudiar ese día. La meta ahora era sobrevivir. A eso de las 9:00 a. m., se dejaron ver los primeros indicios de que el enfrentamiento que estaba desarrollándose ante nosotros no era como los demás. Entre los vecinos había rumores que hablaban de constelaciones y operaciones; Orión, creo que esa era la palabra que usaban muchos. Aquello era un tanto irreal. Quienes se atrevían a salir a los teléfonos públicos a notificar que no llegarían ese día al trabajo o al colegio, caían sobre el enrojecido pavimento, cual gota de lluvia que se desprende de una nube; otros, menos arriesgados, se encontraban con la muerte en la comodidad de las habitaciones de sus casas. Hasta allá los entraban a buscar las balas; algunos curiosos, que nunca faltan, también expiraron en sus balcones alcanzados por proyectiles itinerantes.

Mi familia, como muchas otras, decidió que nuestra casa no era lo suficientemente segura. Salimos a toda prisa a refugiarnos en la casa de mi abuela. En lo alto sobre nosotros, haciéndole compañía a la Lumbrera Mayor, había un helicóptero destellante disparando sobre esos desterrados hijos de Eva, que no podían más que esperar a ver si ese día les llegaría la hora. Mientras corríamos hacia la casa de la abuela, me caí y me raspé la rodilla; no había tiempo de sentir dolor, hacía mucho rato no había tiempo para eso. Mi padre me tomó en sus brazos. Los alaridos, de quienes lamentaban a sus recién partidos y de quienes desesperaban para llevar a sus futuros difuntos al Centro de Salud, llenaban el aire con sus adoloridas notas. Las madres corrían sin consuelo sujetando los documentos de sus hijos; unas, hacia el CAI y, otras, hacia la sala de urgencias. Los padres corrían con sus hijas ensangrentadas hacia un no sé dónde. Los proyectiles quebraban vidrios, perforaban puertas, malograban muros, atravesaban techos. Me di cuenta de que ya podía deletrear la muerte.

Milagrosamente, llegamos a la casa de mi abuela. Allí fui depositado en la habitación más aislada y recóndita de la casa, aquella a la que, aún bajo el sol del mediodía, no llegaba la luz natural. Ahí, se suponía, no me alcanzarían las balas. Esa era, por lo que ya se ha visto, una aspiración un tanto ingenua. Afuera, reinaba el caos. Ah, pero la angustia y el desconcierto no eran absolutos. Esta vez, siquiera no me habían tirado ningún colchón encima como en las otras ocasiones. Además, después de tanto esfuerzo, podía decir que, por lo menos, ya sabía leer y escribir; aunque después, quizá, no viviera para contarlo.